

¿Burbujas? Sí, por favor

Texto—Andrés Sánchez Magro

No sólo de cerveza vive el ser humano, valga que uno, sin ser habitual aficionado, peca de vez en cuando. Pero en este caso y causa, sin que nadie me pueda acusar de tendencioso, me gustaría hacer de fiscal –pero de los serios, ya que está la cosa complicada– acusando al mundo español e internacional de la hostelería, de maltratar en cartas y precios al apasionante mundo de los espumosos. Por dos motivos, uno flagrante, que es su escasez en la mayoría de cartas y casi nunca en el por copas y otro, hiriente, como es ver que cualquier otro vino mantiene una relación entre el precio de costo y el de servicio homogénea, y cuando aparece la burbuja, parece que esta misma eleva los dígitos a valoraciones insospechadas en la mayoría de los casos. Es que se vende poco, alegan algunos. Pescadilla que muerde la cola de libro, si cuidas esta suntuosa gama de vinos como otra, el comensal entrará gustoso a probarla, pero si la maltratas, acabará en mesas navideñas víctima

de un final cual garrote vil, en una mesa en la que las copas tras el brindis acabarán tan llenas como la ignorancia en cuanto al producto tuvieron sus comensales. Con los espumosos, especialmente si son franceses, o la botella inflada de precio o raramente se ofrece por la poca cultura del descorche salvo que de locales de dudosa reputación se trate. Las cifras generales del espumoso suben anualmente en los portafolios de los distribuidores, pero en las barras y manteles se maltrata al parroquiano. Siempre se asoció al glamour o a la mafia. De lo primero quedan pocos y no se dejan ver y de los segundos, han pasado a preferir otros “manjares”. Por lo tanto, ahora quedamos un grupo cada vez más numeroso que estamos dispuestos a disfrutar de este lujo, a veces caro, pero que es capaz de satisfacer la armonía con cualquier plato, superando las duras pruebas del jamón y la alcachofa, y mantener el nivel perfecto del buen vivir, si se aprecia.

Es un producto que da y alegra la vida. Los que tienen la fortuna y la cultura de poder ir amojonando el día desde el desayuno hasta el cierre con una copa de espumoso entienden que los afanes siempre son relativos. Ya lo dijo Napoleón, “En la victoria lo mereces, en la derrota lo necesitas”. Son infinitas las referencias del pequeño productor, los espumosos que se pueden indagar por muchas zonas del planeta, y no sólo la de la aristocracia francesa. Hay un mundo entero más allá de las marcas más comerciales y sólo se trata de empezar a disfrutarlo para descubrir que al final... ¡itodos acabaremos brindando con una copa de champagne! ●



©XIMENA MAIER